Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

Un árbol de Navidad

Esta mañana he estado contemplando una multitud de niños reunidos alrededor a ese juguete alemán que es el árbol de Navidad. El árbol estaba plantado en el centro de una gran mesa redonda, y sobresalía por encima de sus cabezas. Estaba brillantemente iluminado por una gran cantidad de velas; y por todas partes relucían objetos brillantes. Había muñecas de mejillas rosadas escondidas detrás de las hojas verdes; y relojes de verdad (con manecillas movibles, al menos, y una capacidad infinita para darles cuerda) que colgaban de innumerables ramitas; había mesas pulidas a la francesa, sillas, somieres, armarios, relojes de ocho días y muchos otros artículos de mobiliario doméstico (maravillosamente fabricados en hojalata en Wolverhampton), colocados entre las ramas, como si se preparasen para una casa de hadas; había hombrecitos alegres de cara ancha, de aspecto mucho más agradable que hombres de verdad, y no era de extrañar, porque sus cabezas se despegaban y mostraban estar llenas de ciruelas; había violines y tambores; había pandereta, libros, costureros, cajas de pinturas, cajas de dulces, caleidoscopios y toda clase de cajas; había baratijas para las niñas mayores, mucho más brillantes que cualquier oro y joyas de adultos; había cestas y alfileteros de todos los diseños; había pistolas, espadas y estandartes; había brujas de pie en

anillos encantados de cartulina, para adivinar el futuro; había tetinas, zumbadores, estuches de agujas, limpiaplumas, frascos de olor, cartas, floreros; frutas reales, artificialmente deslumbrantes con hojas de oro; imitaciones de manzanas, peras y nueces, repletas de sorpresas; en resumen, como una niña bonita, delante de mí, susurraba encantada a otra niña bonita, su amiga íntima: "Había de todo y más". Esta variada colección de objetos extraños, que se agrupaban en el árbol como frutas mágicas y devolvían las brillantes miradas que se les dirigían desde todos los lados (algunos de los ojos de diamante que los admiraban apenas llegaban a la altura de la mesa, y unos cuantos languidecían tímidamente maravillados en los pechos de bellas madres, tías y enfermeras), me hizo comprender vivamente las fantasías de la infancia, y me hizo pensar en cómo todos los árboles que crecen y todas las cosas que nacen en la tierra tienen sus adornos salvajes en esa época tan recordada.

Estando en casa de nuevo, y solo, la única persona despierta, mis pensamientos se remontan, por una fascinación a la que no quiero resistirme, a mi propia infancia. Empiezo a pensar qué es lo que todos recordamos mejor en las ramas del árbol de Navidad de nuestros propios días de Navidad, por el que ascendimos a la vida real.

Recto, en medio de la habitación, apretado en la libertad de su crecimiento por ninguna pared circundante, o techo pronto alcanzado, surge un árbol sombrío; y, mirando hacia arriba en la soñadora luminosidad de la

copa (pues observo en este árbol la singular propiedad de que parece crecer hacia abajo, hacia la tierra), ¡miro hacia mis más jóvenes recuerdos de Navidad!
Al principio todo eran juguetes. Allá arriba, entre el cardo verde y las bayas rojas, está el Saltimbanqui con las manos en los bolsillos, que no se acostaba, sino que cada vez que lo ponían en el suelo, persistía en rodar su gordo cuerpo, hasta que se quedó quieto, y puso sus ojos de langosta sobre mí, cuando yo parecía reírme mucho, pero en el fondo de mi corazón dudaba mucho de él. Muy cerca de él está aquella infernal caja de tabaco, de la que salía un endemoniado Consejero vestido con una bata negra, con una odiosa cabellera y una boca de paño rojo abierta de par en par, que no podía ser soportado bajo ningún concepto, pero que tampoco podía ser alejado, pues solía salir de repente, en un estado muy magnificado, de las tabaqueras de marfil en sueños, cuando menos se lo esperaba. Tampoco estaba lejos la rana con cera de zapatero en la cola, pues no se sabía dónde no iba a saltar; y cuando volaba por encima de la vela y se topaba con la mano de uno con ese dorso manchado de rojo sobre un fondo verde, era horrible. La dama de cartón con falda de seda azul, que se ponía contra el candelabro para bailar, y a la que veo en la misma rama, era más suave, y era hermosa; pero no puedo decir lo mismo del hombre de cartón más grande, que solía estar colgado contra la pared y del que se tiraba con una cuerda; había una expresión siniestra en esa nariz suya; y cuando se le ponían las piernas alrededor del cuello (cosa que hacía muy a menudo), era

espantoso, y no era una criatura para estar a solas con ella.
¿Cuándo me miró por primera vez esa máscara espantosa? ¿Quién me la puso, y por qué me asusté tanto que su visión es una era en mi vida? No es un rostro espantoso en sí mismo; incluso se supone que debe ser gracioso, ¿por qué entonces sus rasgos rígidos eran tan intolerables? Seguramente no porque ocultara el rostro de su portador. Un delantal habría hecho lo mismo; y aunque yo habría preferido incluso el delantal lejos, no habría sido absolutamente insoportable, como la máscara. ¿Era la inmovilidad de la máscara? La cara de la muñeca era inamovible, pero no me daba miedo. ¿Quizá aquel cambio fijo y determinado que se producía en un rostro real, infundía en mi acelerado corazón alguna remota sugestión y temor del cambio universal que ha de producirse en todos los rostros y hacerlos inmóviles? Nada me reconciliaba con ello. Ningún tamborilero, del que saliera un melancólico gorjeo al girar una manivela; ningún regimiento de soldados, con una banda muda, sacados de una caja y montados, uno a uno, en un rígido y perezoso juego de pinzas; ninguna anciana, hecha de alambres y una composición de papel de estraza, cortando una tarta para dos niños pequeños, pudo darme un consuelo permanente, durante mucho tiempo. Tampoco era ninguna satisfacción que me enseñaran la máscara y viera que estaba hecha de papel, o que la guardaran bajo llave y me aseguraran que nadie la llevaba. El mero recuerdo de aquel rostro fijo, el mero conocimiento de su existencia en cualquier

parte, era suficiente para despertarme en la noche, todo transpiración y horror, gritando: "¡Oh, sé que viene! ¡Oh, la máscara!".
Nunca me pregunté de qué estaba hecho el viejo burro de las alforjas, ¡ahí está! Recuerdo que su piel era auténtica al tacto. Y el gran caballo negro con redondas manchas rojas por todas partes, el caballo al que yo podía subirme, nunca me pregunté qué lo había llevado a esa extraña condición, ni pensé que un caballo así no se viera comúnmente en Newmarket. Los cuatro caballos sin color que iban junto a él en el vagón de los quesos, y que se podían sacar y guardar bajo el piano, parecían tener trozos de pelliza en la cola y otros trozos en las crines, y se sostenían sobre estacas en lugar de patas, pero no era así cuando los trajeron a casa como regalo de Navidad. Entonces no les pasaba nada; tampoco les clavaban los arneses en el pecho, como parece ser el caso ahora. Descubrí que el tintineo del carro de música estaba hecho de palillos de dientes y alambre, y siempre pensé que aquel pequeño volatinero en mangas de camisa, subiendo continuamente por un lado de un armazón de madera y bajando, con la cabeza por delante, por el otro, era más bien una persona de mente débil, aunque de buen carácter; Pero la Escalera de Jacob, a su lado, hecha de pequeños cuadrados de madera roja, que se agitaban y repiqueteaban unos sobre otros, cada uno desarrollando una imagen diferente, y el conjunto animado por pequeñas campanillas, era una gran maravilla y un gran deleite.

¡Ah! La Casa de las Muñecas, de la que yo no era propietario, pero que visité. No admiro las Casas del Parlamento ni la mitad que aquella mansión con fachada de piedra, ventanas de cristal de verdad, escalones y un balcón de verdad, más verde de lo que veo ahora, excepto en los bebederos, e incluso éstos no son más que una pobre imitación. Y aunque se abría de golpe toda la fachada de la casa (lo cual era un golpe, lo admito, ya que anulaba la ficción de una escalera), no había más que volver a cerrarla y ya podía creer. Incluso abierta, había en ella tres habitaciones distintas: un salón y un dormitorio, elegantemente amueblados, y lo mejor de todo, una cocina, con unas chimeneas extraordinariamente suaves, un abundante surtido de diminutos utensilios. ¡Oh, la sartén para calentar! Y un cocinero de hojalata de perfil, que siempre iba a freír dos pescados. ¡Qué desilusionante justicia he hecho a los nobles festines en los que figuraba el conjunto de fuentes de madera, cada una con su manjar peculiar, como un jamón o un pavo, bien pegado a ella, y adornado con algo verde, que recuerdo como musgo! Podrían todas las Sociedades de la Templanza de estos últimos tiempos, unidas, darme una bebida de té como la que he tomado gracias a este pequeño juego de vajilla azul, que realmente contenía líquido (se salía del pequeño barril de madera, recuerdo, y sabía a cerillas), y que hacía del té, néctar. Y si las dos patas de las pequeñas e ineficaces pinzas para el azúcar daban tumbos una sobre otra y carecían de propósito, como las manos de Punch, ¿qué importaba? Y si una vez grité,

como un niño envenenado, y causé consternación a la compañía de moda, por haber bebido una cucharadita, disuelta inadvertidamente en té demasiado caliente, ¡nunca fui peor por ello, excepto por un polvo!
En las ramas siguientes del árbol, más abajo, junto al rodillo verde y las herramientas de jardinería en miniatura, empiezan a colgar libros muy gruesos. Libros delgados, en sí mismos, al principio; pero muchos de ellos, y con cubiertas deliciosamente lisas de rojo o verde brillante. ¡Qué letras negras y gordas para empezar! "A era arquero, y disparó a una rana". Por supuesto que lo era. También era un arenque, ¡y ahí está! A fue muchas cosas en su tiempo, y también lo fueron la mayoría de sus amigos, excepto X, que tenía tan poca versatilidad, que nunca supe que pasara de Xilofón o Xilografía, como Y, que siempre estaba confinado a un Yate o a una Yegua; y Z condenado para siempre a ser un Zorro o una Zanahoria. Pero, ahora, el propio árbol cambia y se convierte en un tallo de frijol, ¡el maravilloso tallo de frijol por el que Jack trepó hasta la casa del Gigante! Y ahora, esos espantosamente interesantes gigantes de dos cabezas, con sus garrotes sobre los hombros, comienzan a caminar a grandes zancadas a lo largo de las ramas en un tropel perfecto, arrastrando caballeros y damas a casa para la cena por el pelo de sus cabezas. Y Jack, ¡qué noble, con su espada afilada y sus zapatos veloces! De nuevo me asaltan esas viejas meditaciones mientras lo contemplo, y debato en mi interior si hubo más de un Jack (cosa que me resisto a creer posible), o sólo un Jack admirable,

original y genuino, que logró todas las hazañas registradas.
Bueno para la Navidad es el color rojizo de la capa, en la que, el árbol haciendo un bosque de sí mismo para que ella tropiece, con su cesta, la pequeña Caperucita Roja viene a mí una Nochebuena para darme información de la crueldad y la traición de ese lobo disfrazado que se comió a su abuela, sin hacer mella alguna en su apetito, y luego se la comió a ella, después de hacer esa broma feroz sobre sus dientes. Ella fue mi primer amor. Sentí que si hubiera podido casarme con Caperucita Roja, habría conocido la dicha perfecta. Pero no pudo ser; y no hubo más remedio que buscar al Lobo en el Arca de Noé, y ponerlo tarde en la procesión sobre la mesa, como un monstruo al que había que degradar.
¡Oh, la maravillosa Arca de Noé! Los animales estaban apiñados en el techo, y había que sacudirles bien las patas antes de que pudieran entrar, incluso allí, y luego, diez a uno, empezaron a salir rodando por la puerta, que no estaba sino imperfectamente sujeta con un pestillo de alambre, pero ¡qué tenía eso de malo!
Consideremos la noble mosca, uno o dos tamaños más pequeña que el elefante; la mariquita, la mariposa: ¡todos triunfos del arte! Pensemos en el ganso, cuyas patas eran tan pequeñas y cuyo equilibrio tan indiferente que solía dar tumbos hacia delante y derribar a toda la creación animal. Piensa en Noé y en su familia, como si fueran tontas prensas de tabaco; y en cómo el leopardo se pegaba a los deditos calientes; y en cómo las colas de los animales más grandes solían

convertirse gradualmente en trozos de cuerda deshilachados.
¡Silencio! De nuevo un bosque, y alguien en lo alto de un árbol: no Robin Hood, ni Valentín, ni el Enano Amarillo (he pasado de él y de todas las maravillas de la cuentacuentos, sin mencionarlas), sino un Rey del Medio Oriente con una reluciente cimitarra y turbante. Por Alá, dos reyes orientales, porque veo a otro mirando por encima de su hombro. Abajo, sobre la hierba, al pie del árbol, yace un Gigante negro como el carbón, dormido, con la cabeza en el regazo de una dama; y cerca de ellos hay una caja de cristal, sujeta con cuatro candados de acero brillante, en la que mantiene prisionera a la dama cuando está despierto. Ahora veo las cuatro llaves en su cinturón. La dama hace señas a los dos reyes del árbol, que descienden suavemente. Es la puesta en escena de las brillantes Mil y Una Noches.
Oh, ahora todas las cosas comunes se vuelven poco comunes y encantadas para mí. Todas las lámparas son maravillosas; todos los anillos son talismanes. Las macetas comunes están llenas de tesoros, con un poco de tierra esparcida por encima; los árboles son para que Alí Babá se esconda en ellos; los bistecs son para arrojarlos al Valle de los Diamantes, para que las piedras preciosas se peguen a ellos, y sean llevadas por las águilas a sus nidos, desde donde los comerciantes, con fuertes gritos, los espantarán. Se hacen tartas, según la receta del hijo del Visir de Bussorah, que se convirtió en pastelero después de haber sido puesto en calzoncillos en la puerta de Damasco; los zapateros son todos

Mustafás, y tienen la costumbre de coser a la gente cortada en cuatro pedazos, a quienes se los llevan a ciegas.
Cualquier anillo de hierro clavado en la piedra es la entrada a una cueva que sólo espera al mago, al pequeño fuego, y a la nigromancia, que harán temblar la tierra. Todos los dátiles importados proceden del mismo árbol que aquel dátil de la mala suerte, con cuya cáscara el mercader le sacó el ojo al hijo invisible del genio. Todas las aceitunas son de la estirpe de esa fruta fresca, respecto a la cual el Comandante de los Fieles oyó al niño dirigir el juicio ficticio del fraudulento mercader de aceitunas; todas las manzanas son afines a la manzana comprada (con otras dos) al jardinero del Sultán por tres lentejuelas, y que el alto esclavo negro robó al niño. Todos los perros están asociados con el perro, en realidad un hombre transformado, que saltó sobre el mostrador del panadero, y puso su pata sobre la moneda mal pagada. Todo el arroz recuerda el arroz que la horrible dama, que era un engendro, sólo podía picotear por granos, a causa de sus festines nocturnos en el cementerio. Mi propio caballo balancín, ¡ahí está, con sus fosas nasales completamente al revés, indicativo de Sangre! debería tener una clavija en el cuello, en virtud de volar conmigo, como hizo el caballo de madera con el Príncipe de Persia, a la vista de toda la Corte de su padre.
Sí, en cada objeto que reconozco entre las ramas superiores de mi árbol de Navidad, veo esta luz de hadas. Cuando me despierto en la cama al amanecer, en

las frías y oscuras mañanas de invierno, la blanca nieve vagamente contemplada afuera, a través de la escarcha en el cristal de la ventana, oigo a Dinarzade.
—Hermana, hermana, si aún estás despierta, te ruego que termines la historia del Joven Rey de las Islas Negras.
Scheherazade responde:
—Si mi señor el Sultán me permite vivir un día más, hermana, no sólo terminaré esa, sino que te contaré una historia aún más maravillosa.
Entonces el gracioso Sultán sale, sin dar órdenes para la ejecución, y los tres volvemos a respirar.
A esta altura de mi árbol empiezo a ver, encogido entre las hojas (puede que haya nacido del pavo, o del pudin, o del pastel de carne, o de estas muchas fantasías, mezcladas con Robinson Crusoe en su isla desierta, Philip Quarll entre los monos, Sandford y Merton con el señor Barlow, la madre Bunch y la Máscara), o puede que sea el resultado de una indigestión, ayudada por la imaginación y el exceso de médicos, una pesadilla prodigiosa. Es tan indistinta que no sé por qué es espantosa, pero sé que lo es. Sólo puedo distinguir que se trata de un inmenso conjunto de cosas sin forma, que parecen estar plantadas sobre una gran exageración de las perezosas pinzas que solían llevar los soldaditos de juguete, y que se acercan lentamente a mis ojos y se alejan hasta una distancia inconmensurable. Cuando más se acerca, es peor. En relación con ello, tengo recuerdos de noches de invierno increíblemente largas; de ser enviado temprano a la cama, como castigo por alguna

pequeña ofensa, y despertar en dos horas, con la sensación de haber estado dormido dos noches; de la cargada desesperanza de que nunca amanezca; y la opresión de un peso de remordimiento.
Y ahora, veo una maravillosa hilera de lucecitas elevarse suavemente del suelo, ante una inmensa cortina verde. Ahora, suena una campana; una campana mágica, que todavía suena en mis oídos como ninguna otra campana; y suena música, entre un zumbido de voces y un fragante olor a cáscara de naranja y aceite. Al instante, la campana mágica ordena que cese la música, el gran telón verde se levanta majestuosamente y comienza la obra. El devoto perro de Montargis venga la muerte de su amo, vilmente asesinado en el bosque de Bondy; y un gracioso campesino de nariz roja y sombrero muy pequeño, a quien desde esta hora tomo en mi seno como amigo (creo que era camarero o mesonero en una posada del pueblo, pero han pasado muchos años desde que él y yo nos conocimos), comenta que la astucia de ese perro es realmente sorprendente; y por siempre esta jocosa presunción vivirá en mi memoria fresca e imperturbable, superando todas las bromas posibles, hasta el fin de los tiempos. O ahora me entero, con amargas lágrimas, de cómo la pobre Jane Shore, vestida de blanco y con el pelo castaño suelto, iba muriéndose de hambre por las calles; o de cómo George Barnwell mató al tío más digno que jamás haya tenido un hombre, y después se arrepintió tanto de haberlo hecho que deberían haberle soltado. Viene veloz a consolarme la Pantomima (fenómeno estupendo). Cuando los payasos

son disparados desde morteros cargados contra la gran araña, brillante constelación que es; cuando los Arlequines, cubiertos por todas partes de escamas de oro puro, se retuercen y resplandecen como peces asombrosos; cuando Pantaleón (a quien no considero una irreverencia comparar en mi mente con mi abuelo) se mete atizadores al rojo vivo en el bolsillo y grita: "¡Aquí viene alguien!"; o acusa al payaso de hurto, diciendo: "¡Ya te he visto hacerlo!", cuando todo es capaz, con la mayor facilidad, de convertirse en cualquier cosa; y "Nada es, sino que el pensamiento lo hace así". Ahora, también, percibo mi primera experiencia de la lúgubre sensación, que a menudo vuelve en la otra vida, de ser incapaz, al día siguiente, de volver al mundo aburrido y estable; de querer vivir para siempre en la brillante atmósfera que he dejado; de adorar a la pequeña Hada, con la varita como un poste de barbero celestial, y suspirar por una inmortalidad de Hada junto con ella. Ah, ella vuelve, en muchas formas, cuando mi ojo recorre las ramas de mi Árbol de Navidad, y se va tan a menudo, ¡y nunca se ha quedado junto a mí!



De este deleite surge el teatro de juguete, (ahí está, con su proscenio familiar y sus damas de plumas en los palcos) y toda la ocupación que le acompaña con engrudo y pegamento, goma y acuarelas, en el montaje de El Molinero y sus Hombres, e Isabel o el Destierro de Siberia. A pesar de algunos accidentes y fracasos (en particular, una disposición irrazonable en el respetable Kelmar, y en algunos otros, a desmayarse en las piernas, y a doblarse, en momentos emocionantes del drama), un mundo lleno de fantasías tan sugestivas y abarcadoras, que, muy por debajo de él en mi Árbol de Navidad, veo oscuros, sucios, teatros reales en el día, adornados con estas asociaciones como con las guirnaldas más frescas de las flores más raras, y encantándome todavía.
¡Pero escuchen! Suenan los cantores de villancicos, ¡y rompen mi sueño infantil! ¿Qué imágenes asocio con la música navideña cuando los veo colocados en el Árbol de Navidad? Conocidos antes que todos los demás, manteniéndose lejos de todos los demás, se reúnen alrededor de mi camita. Un ángel, hablando a un grupo de pastores en un campo; unos viajeros, con los ojos levantados, siguiendo una estrella; un niño en un pesebre; un niño en un templo espacioso, hablando con hombres graves; una figura solemne, con un rostro suave y hermoso, levantando a una niña muerta de la mano; de nuevo, cerca de la puerta de una ciudad, devolviendo a la vida al hijo de una viuda, en su féretro; una multitud de personas mirando a través del techo abierto de una cámara donde se sienta, y bajando a un enfermo en una cama, con cuerdas; él mismo, en medio de una

tempestad, caminando sobre las aguas hacia un barco; otra vez, a orillas del mar, enseñando a una gran multitud; otra vez, con un niño sobre sus rodillas y otros niños alrededor; otra vez, devolviendo la vista a los ciegos, el habla a los mudos, el oído a los sordos, la salud a los enfermos, la fuerza a los cojos, el conocimiento a los ignorantes; otra vez, muriendo en una cruz, custodiado por soldados armados, sobreviniendo una densa oscuridad, la tierra comenzando a temblar, y sólo se oía una voz: "Perdónalos, porque no saben lo que hacen".

Sin embargo, en las ramas más bajas y maduras del Árbol, las asociaciones navideñas se agrupan densamente. Los libros de texto cerrados; Ovidio y Virgilio silenciados; la Regla de Tres, con sus frías e impertinentes preguntas, olvidada hace tiempo; Terencio y Plauto ya no se representan, en una arena de pupitres y formularios apiñados, todos astillados, con muescas y entintados; los bates de cricket, los tocones y las pelotas, dejados más arriba, con el olor de la hierba pisada y el ruido suavizado de los gritos en el aire de la tarde; el árbol sigue fresco. Si ya no vuelvo a casa en Navidad, habrá niños y niñas (¡gracias a Dios!) mientras dure el mundo; ¡y los hay! Allí bailan y juegan sobre las ramas de mi árbol, Dios los bendiga, alegremente, y mi corazón baila y juega también.

Y vuelvo a casa en Navidad. Todos lo hacemos, o todos deberíamos hacerlo. Todos volvemos a casa, o deberíamos volver, para unas cortas vacaciones (cuanto más largas, mejor) del gran internado, donde siempre estamos

trabajando en nuestras pizarras aritméticas, para tomar y dar un descanso. En cuanto a ir de visita, donde no podemos ir, si queremos; dónde no hemos estado, cuando quisimos; ¡empezando nuestra fantasía desde nuestro Árbol de Navidad!

Lejos en la perspectiva del invierno. Hay muchas sobre los árboles. Continuamos por tierras bajas y brumosas, a través de pantanos y nieblas, subiendo largas colinas, serpenteando oscuras como cavernas entre espesas plantaciones, casi dejando fuera las centelleantes estrellas; así, por amplias alturas, hasta que nos detenemos al fin, con repentino silencio, en una avenida. El timbre de la puerta emite un sonido profundo y medio horrible en el aire helado; la puerta se abre sobre sus bisagras; y, a medida que nos acercamos a una gran casa, las luces brillantes se agrandan en las ventanas, y las filas opuestas de árboles parecen retroceder solemnemente a ambos lados, para dejarnos lugar. A intervalos, durante todo el día, una liebre asustada ha atravesado este césped blanquecino; o el estruendo distante de una manada de ciervos pisoteando la dura escarcha, ha roto también, por un minuto, el silencio. Sus ojos vigilantes bajo el helecho podrían brillar ahora, si pudiéramos verlos, como las gotas de rocío helado sobre las hojas; pero están quietos, y todo está quieto. Y así, con las luces cada vez más grandes, y los árboles retrocediendo ante nosotros, y cerrándose de nuevo detrás de nosotros, como si nos prohibieran la retirada, llegamos a la casa.

Probablemente huele a castañas asadas y a otras cosas ricas y confortables, porque estamos contando cuentos de invierno (cuentos de fantasmas, o más vergüenza para nosotros), alrededor del fuego de Navidad; y no nos hemos movido nunca, excepto para acercarnos un poco más a él. Pero no importa. Llegamos a la casa, y es una casa vieja, llena de grandes chimeneas donde la leña se quema en antiguos perros sobre el hogar, y sombríos retratos (algunos de ellos con sombrías leyendas, también) bajan desconfiadamente de los paneles de roble de las paredes. Somos un noble de mediana edad, y preparamos una generosa cena con nuestro anfitrión y su anfitriona y sus invitados, siendo Navidad, y la vieja casa llena de compañía, y luego nos vamos a la cama. Nuestra habitación es muy antigua. Está decorada con tapices. No nos gusta el retrato de un caballero vestido de verde que hay sobre la chimenea. Hay grandes vigas negras en el techo, y un gran somier negro, sostenido a los pies por dos grandes figuras negras, que parecen haber salido de un par de tumbas de la vieja iglesia baronial del parque, para nuestro alojamiento particular. Pero, no somos un noble supersticioso, y no nos importa. Bien, despedimos a nuestro criado, cerramos la puerta y nos sentamos ante el fuego en bata, reflexionando sobre muchas cosas. Al final nos vamos a la cama. No podemos dormir. Damos vueltas en la cama y no podemos dormir. Las brasas de la chimenea arden irregularmente y dan a la habitación un aspecto fantasmal. No podemos evitar asomarnos por encima del cubrecama para ver las dos figuras negras y el caballero (ese caballero de aspecto

malvado) vestido de verde. A la luz parpadeante parecen avanzar y retroceder, lo cual, aunque no somos en absoluto un noble supersticioso, no es agradable. Nos ponemos nerviosos, cada vez más nerviosos. Decimos: "Esto es muy tonto, pero no podemos soportarlo; fingiremos estar enfermos y dejaremos embarazada a alguien". Bien, vamos a hacerlo cuando se abre la puerta cerrada y entra una mujer joven, mortalmente pálida y con una larga cabellera rubia, que se desliza hasta el fuego y se sienta en la silla que hemos dejado allí, retorciéndose las manos. Entonces nos damos cuenta de que sus ropas están mojadas. La lengua se nos pega al paladar y no podemos hablar, pero la observamos con atención. Sus ropas están mojadas; su largo cabello está salpicado de barro húmedo; va vestida a la moda de hace doscientos años; y lleva en la cintura un manojo de llaves oxidadas. Bueno, ahí está sentada, y ni siquiera podemos desmayarnos. En seguida se levanta y prueba todas las cerraduras de la habitación con las llaves oxidadas, que no encajan en ninguna de ellas; luego, fija los ojos en el retrato del caballero de verde y dice: "¡Los venados lo saben!". Después vuelve a retorcerse las manos, pasa junto a la cama y sale por la puerta. Nos apresuramos a ponernos la bata, cogemos nuestras pistolas (siempre viajamos con pistolas), y vamos detrás, cuando encontramos la puerta cerrada. Giramos la llave y miramos a la oscura galería; no hay nadie. Nos alejamos y tratamos de encontrar a nuestro criado. Es imposible. Nos paseamos por la galería hasta el amanecer; luego volvemos a nuestra habitación desierta,

nos dormimos y nos despierta nuestro criado (nada lo obsesiona) y el sol resplandeciente. Preparamos un desayuno miserable y todos los demás dicen que tenemos un aspecto extraño. Después del desayuno, repasamos la casa con nuestro anfitrión, y luego le llevamos al retrato del caballero de verde, y entonces todo sale a la luz. Dio falso testimonio de una joven ama de llaves antaño vinculada a esa familia, y famosa por su belleza, que se ahogó en un estanque, y cuyo cadáver fue descubierto, después de mucho tiempo, porque los ciervos se negaron a beber del agua. Desde entonces, se ha susurrado que recorre la casa a medianoche (pero va especialmente a la habitación donde solía dormir el caballero de verde), probando las viejas cerraduras con las llaves oxidadas. Bueno, le contamos a nuestro anfitrión lo que hemos visto, y una sombra se dibuja en sus facciones, y nos ruega que nos callemos; y así es. Pero, todo es verdad; y lo dijimos, antes de morir (ahora estamos muertos) a muchas personas responsables.

No hay final para las casas antiguas, con galerías resonantes y lúgubres alcobas y alas encantadas cerradas durante muchos años, por las que podemos pasear con un agradable escalofrío en la espalda y encontrar cualquier número de fantasmas, pero (es digno de mención tal vez) reducibles a muy pocos tipos y clases generales; porque los fantasmas tienen poca originalidad, y "caminan" por un camino trillado. Así, sucede que cierta habitación de cierto salón antiguo, donde cierto mal señor, baronet o caballero, se pegó un

tiro; tiene ciertas tablas en el suelo de las que no se puede sacar la sangre. Se puede raspar y raspar, como ha hecho el propietario actual, o cepillar y cepillar, como hizo su padre, o fregar y fregar, como hizo su abuelo, o quemar y quemar con ácidos fuertes, como hizo su bisabuelo, pero la sangre seguirá allí, ni más roja ni más pálida, ni más ni menos, siempre igual. Así, en tal otra casa hay una puerta encantada, que nunca se mantendrá abierta; u otra puerta que nunca se mantendrá cerrada, o un sonido encantado de una rueca, o un martillo, o un paso, o un grito, o un suspiro, o el paso de un caballo, o el tintineo de una cadena. O bien hay un reloj de pie que, a medianoche, da las trece campanadas cuando el cabeza de familia va a morir; o un sombrío e inmóvil carruaje negro que a esa hora siempre es visto por alguien, esperando cerca de las grandes puertas del establo. O así sucedió que Lady Mary fue a visitar una gran casa lejana en las Tierras Altas de Escocia y, fatigada por su largo viaje, se retiró temprano a la cama, e inocentemente dijo, a la mañana siguiente, en la mesa del desayuno: "¡Qué extraño, tener una fiesta tan tarde anoche, en este remoto lugar, y no decírmelo, antes de irme a la cama!". Todos preguntaron a Lady Mary qué quería decir. Entonces, Lady Mary contestó: "¡Pues, toda la noche, los carruajes estuvieron dando vueltas y vueltas por la terraza, debajo de mi ventana!". Entonces, el dueño de la casa se puso pálido, al igual que su señora, y Charles MacDoodle de MacDoodle le hizo señas a Lady Mary para que no dijera nada más, y todos guardaron silencio. Después del

desayuno, Charles MacDoodle dijo a Lady Mary que era tradición en la familia que aquellos carruajes que retumbaban en la terraza presagiaban la muerte. Y así fue, pues dos meses después murió la señora de la mansión. Y Lady Mary, que era Dama de Honor en la Corte, contaba a menudo esta historia a la anciana Reina Carlota, por lo que el viejo Rey decía siempre: "¿Eh? ¿Eh? ¿Qué, qué? ¿Fantasmas, fantasmas? Nada de eso, nada de eso". Y no dejaba de decirlo hasta que se iba a la cama.

O, un amigo de alguien a quien la mayoría de nosotros conocemos, cuando era joven, en la universidad tenía un amigo en particular, con quien hizo el pacto de que, si fuera posible que el Espíritu regresara a esta tierra después de su separación del cuerpo, aquel de los dos que muriera primero, debía aparecerse al otro. Con el transcurso del tiempo, este pacto fue olvidado por nuestro amigo; los dos jóvenes habían progresado en la vida, y tomaron caminos divergentes, muy separados. Pero, una noche, muchos años después, estando nuestro amigo en el norte de Inglaterra, y pasando la noche en una posada, en los páramos de Yorkshire, miró por casualidad fuera de la cama; y allí, a la luz de la luna, apoyado en un escritorio cerca de la ventana, mirándolo fijamente, ¡vio a su antiguo amigo de la universidad! Cuando se dirigió solemnemente a él, le respondió en una especie de susurro, pero muy audible: "No te acerques. Estoy muerto. Estoy aquí para cumplir mi promesa. Vengo de otro mundo, pero no puedo revelar sus secretos". Luego, toda la figura se volvió más pálida,

se fundió, por así decirlo, con la luz de la luna y se desvaneció.
O también estaba la hija del primer ocupante de la pintoresca casa Isabelina, tan famosa en nuestro vecindario. ¿Has oído hablar de ella? No. Pues salió una tarde de verano, al atardecer, cuando era una hermosa muchacha de sólo diecisiete años, a recoger flores en el jardín; y al momento llegó corriendo, aterrorizada, al vestíbulo donde estaba su padre, diciendo: "¡Oh, querido padre, me he encontrado a mí misma!". Él la abrazó y le dijo que era una fantasía, pero ella contestó: "¡Oh, no! Me he encontrado a mí misma en el amplio paseo, y estaba pálida y recogiendo flores marchitas, y volví la cabeza y las sostuve en alto". Y, aquella noche, murió; y se empezó un cuadro de su historia, aunque nunca se terminó, y dicen que está en algún lugar de la casa hasta el día de hoy, con la cara hacia la pared.
O el tío de la mujer de mi hermano, que volvía a casa a caballo un atardecer cuando, en una verde callejuela cercana a su propia casa, vio a un hombre de pie ante él, en el centro mismo de un estrecho camino. "¿Por qué está ahí ese hombre de la capa? ¿Quiere que pase por encima de él?". Pero la figura no se movió. Sintió una extraña sensación al verlo tan quieto, pero aflojó el trote y cabalgó hacia delante. Cuando estaba tan cerca de él que casi lo tocaba con el estribo, su caballo se sacudió y la figura se deslizó por la orilla, de una manera curiosa y sobrenatural (hacia atrás y sin parecer utilizar los pies), y desapareció. El tío de la mujer de mi hermano exclamó: "¡Santo cielo! ¡Es mi

primo Harry, el de Bombay!". Echó espuelas a su caballo, que de pronto sudaba profusamente y, asombrado por tan extraño comportamiento, corrió hacia la fachada de su casa. Allí vio la misma figura, que acababa de pasar por la larga ventana francesa del salón, abierta en el suelo. Tiró la brida a un criado y se apresuró a entrar tras ella. Su hermana estaba sentada allí, sola. "Alice, ¿dónde está mi primo Harry?". "¿Tu primo Harry, John?", "Sí. De Bombay. Me lo encontré en el camino hace un momento, y lo vi entrar aquí, en este instante". Nadie había visto ni una criatura; y en esa hora y minuto, como se supo después, este primo murió en la India.

O bien fue una anciana y sensata dama que murió a los noventa y nueve años y conservó sus facultades hasta el final, quien realmente vio al Niño Huérfano; una historia que a menudo se ha contado incorrectamente, pero cuya verdad real es la siguiente, porque es, de hecho, una historia que pertenece a nuestra familia, y ella era un miembro de nuestra familia. Cuando tenía unos cuarenta años y era todavía una mujer extraordinariamente hermosa (su amado murió joven, razón por la cual nunca se casó, aunque tuvo muchas ofertas), fue a vivir a un lugar de Kent que su hermano, un comerciante indio, acababa de comprar. Se contaba que ese lugar había estado una vez en manos del tutor de un muchacho, que era a su vez el próximo heredero, y que lo había matado mediante un trato duro y cruel. Ella no sabía nada de eso. Se ha dicho que en su dormitorio había una jaula en la que el guardián solía meter al niño. No

existía tal cosa. Sólo había un armario. Se fue a la cama, no dio la menor alarma por la noche, y por la mañana dijo tranquilamente a su criada cuando entró: "¿Quién es el niño de aspecto tan desamparado que ha estado asomándose a ese armario toda la noche?". La criada contestó dando un fuerte grito y marchándose al instante. Ella se sorprendió, pero era una mujer de notable fortaleza de ánimo, y se vistió, bajó las escaleras y se encerró con su hermano. "Walter, me ha estado molestando toda la noche un chico guapo y desamparado, que no ha dejado de asomarse al armario de mi habitación, que no puedo abrir. ¿Se trata de algún truco?", dijo. "Me temo que no, Charlotte, porque es la leyenda de la casa. Es el Niño Huérfano. ¿Qué ha hecho?", dijo él. "Abría la puerta suavemente y se asomaba. A veces se acercaba uno o dos pasos a la habitación. Entonces lo llamaba para animarle, y él se encogía, se estremecía, volvía a entrar y cerraba la puerta". "El armario no tiene comunicación, Charlotte, con ninguna otra parte de la casa, y está clavado", dijo su hermano. Esto era innegablemente cierto, y dos carpinteros tardaron toda una tarde en abrirlo para examinarlo. Entonces se sintió satisfecha de haber visto al Niño Huérfano. Pero, la parte salvaje y terrible de la historia es que él también fue visto por tres de los hijos de su hermano sucesivamente, y todos murieron jóvenes. Cada vez que el niño enfermaba, volvía a casa acalorado, doce horas antes, y decía: "¡Oh, mamá, había estado jugando bajo un roble en particular, en cierto prado, con un niño extraño, un niño bonito, de aspecto

desamparado, que era muy tímido y hacía señas!". Por fatal experiencia, los padres llegaron a saber que se trataba del Niño Huérfano, y que el destino de aquel niño a quien hubiera escogido para ser su compañero de juegos era seguro.
Legión es el nombre de los castillos alemanes, donde nos sentamos solos a esperar al Espectro; donde se nos hace pasar a una habitación relativamente alegre para nuestra recepción; donde echamos un vistazo a las sombras proyectadas sobre las paredes blancas por el crepitar del fuego; donde nos sentimos muy solos cuando el posadero del pueblo y su bonita hija se han retirado; donde nos sentimos muy solos cuando el posadero del pueblo y su hermosa hija se han retirado, después de dejar leña seca en el hogar y poner sobre la pequeña mesa una cena tan alegre como un capón asado frío, pan, uvas y un frasco de viejo vino del Rin; donde las puertas reverberantes se cierran en su retirada, una tras otra, como tantos truenos hoscos; y donde, hacia las primeras horas de la noche, llegamos a conocer diversos misterios sobrenaturales. Legión es el nombre de los estudiantes alemanes embrujados, en cuya compañía nos acercamos aún más al fuego, mientras el colegial de la esquina abre mucho los ojos y vuela del escabel que ha elegido para sentarse, cuando la puerta se abre accidentalmente. Es inmensa la cosecha de frutos que brilla en nuestro árbol de Navidad; en flor, casi en la misma copa; madurando por todas las ramas.
Entre los juguetes y fantasías posteriores que cuelgan allí (como ociosos a menudo y menos puros), ¡sean las

imágenes una vez asociadas con el dulce y viejo Waits, la música suavizada en la noche, siempre inalterable! Rodeado por los pensamientos sociales de la Navidad, ¡que la benigna figura de mi infancia permanezca inmutable! Que en cada imagen alegre y en cada sugerencia que la estación trae, la estrella brillante que se posó sobre el techo pobre sea la estrella de todo el mundo cristiano. Una pausa de un momento, oh árbol que desaparece, cuyas ramas inferiores son oscuras para mí todavía, y déjame mirar una vez más. Sé que hay espacios en blanco en tus ramas, donde ojos que he amado han brillado y sonreído; de los cuales se han ido. Pero, muy por encima, veo al criador de la muchacha muerta, y al Hijo de la Viuda; ¡y Dios es bueno! Si la Edad se esconde para mí en la porción invisible de tu crecimiento descendente, ¡oh, que yo, con una cabeza gris, vuelva el corazón de un niño a esa figura todavía, y la confianza de un niño!
Ahora, el árbol está decorado con alegría brillante, canciones, bailes y algarabía. Y son bienvenidos. Inocentes y bienvenidos son siempre, bajo las ramas del Árbol de Navidad que no proyecta ninguna sombra sombría. Pero mientras se hunde en el suelo, oigo un susurro entre las hojas. "Esto, en conmemoración de la ley del amor y la bondad, la misericordia y la compasión. Esto, en conmemoración Mía".